

Los juegos de la mente

Jordi Casanovas muestra en la sala Villarroel su talento para la comedia

Jordi Casanovas (Vilafranca del Penedès, 1978) es un joven autor que utiliza la fuerza de su talento no solo para recrear diferentes universos sino también para dirigir sus propias obras. La suya es una escritura fresca, inteligente, fluida y muy vinculada a los asuntos relacionados con lo cotidiano. Tres piezas estrenadas en el 2008 –Aquesta tampoc serà la fi del món, La ruïna y Lena Woyzeck– dan fe de la capacidad del prolífico dramaturgo para sumergirse en cambiantes temáticas.

Ahora irrumpe en la sala Villarroel con La revolució, una pieza que nada tiene que ver con la llamada a la rebelión de las masas contra el sistema y en la que se asoma al mundo de los videojuegos, pero desde una óptica tan sorprendente como dinámica. El autor de la trilogía Hardcore videogames utiliza todo un gran catálogo de recursos para mantener viva la acción de la obra.

Los actores de Casanovas, algunos de ellos amigos suyos desde hace años en su pueblo natal, muestran un gran desparpajo y mucha complicidad con el director. Entran y salen desde las puertas de acceso al despacho donde se desarrolla la historia a ritmo de vodevil, pero sin dejar de lado en ningún momento el permanente clima de intriga de la pieza. Sutil teatro de entretenimiento que conecta al instante con su adicto público juvenil, pero que también interesa al adulto.

Sandra (Roser Blanch) y Cris (Clara Cols) trabajan en los últimos detalles de un juego capaz de capturar las emociones del ser humano. El novedoso ingenio, que permite entrar en la mente del jugador y crearle una partida exclusiva para él, atrae la atención de una compañía multinacional. La empresa negocia los derechos de explotación, pero pide que se añadan componentes de sexo y violencia para interesar a un público más mayoritario.

CLARA ESTÉTICA DE CÓMIC / El enfrentamiento entre las dos asociadas, con intereses muy diferentes, ante la postura que continuar se convierte en el eje de toda la historia y a su alrededor giran el resto de los personajes –muy divertido, con clara estética de cómic, el juego entre el dueño (Borja Espinosa) y su hombre de confianza en la empresa (un hilarante Pablo Lammers)– y muy refrescante la aparición de Mireia Fernández (Isa) con una estupenda vis cómica y de Aina (Alicia Puertas), que tiene un interesante rol al final de la función.

El trazo de estos personajes, que se definen perfectamente a partir de sus comportamientos, es otro de los logros de Casanovas, que juega continuamente con la sorpresa. Las conclusiones, tan ingenuas como maniqueas, que surgen del desarrollo de los hechos completan la disección de la enrevesada pero siempre inteligible trama.

No hay, finalmente, grandes mensajes para llevarse a casa, pero sí una reflexión sobre la falta de ética en el mundo empresarial y sobre las posibilidades del individuo de vivir alejado del poder y las dificultades que plantea el uso de la libertad. El autor no ofrece verdades absolutas ni soluciones para cambiar nuestra sociedad, pero sí una historia de intensísimo ritmo. Un final sarcástico, aunque no redondo, cierra esta estupenda comedia que tiene la virtud de mantener viva la atención del espectador.

César López Rossel

El Periódico de Catalunya, 06/02/2009